

## ***LA ETERNA LUJURIA DEL ASESINO.***

Se enamoran de mí mujeres extrañas, mujeres que no conozco, con las que tropiezo en las calles, me miran inquietas, se ruborizan al cruce sesgado de mis ojos, y bajan sus cabezas, avergonzadas del deseo oscuro que invade sus corazones.

Son mujeres desafortunadas, ajenas a la belleza con que otras son premiadas. Gruesas o infinitamente delgadas, descompuestas en su forma y en sus maneras. Despeinadas mujeres de márgenes revolucionarios, de pieles descompuestas, de ojos tristes y profundos.

Se enamoran de mí, lo sé, en un diminuto instante en el que se descubren evadidas de los límites que las sostienen, y piensan, sueñan, poseerme, abrazarme, besarme, ser mías como el aire que penetra en mi cuerpo, como el sol que refleja en mis cabellos su ancestral brillo de siglos.

Yo las miro, insinuante, con el desafío del animal insaciable, del devorador que acecha su presa ya rendida, ya dispuesta a la sangre y al sacrificio.

Mujeres que no sonríen, hembras aferradas a sus manos sudorosas, a sus bolsos enjutos y grises, henchidas de tenues telas que ocultan su cuerpo temido, el quebranto insoportable de sus obtusas figuras.

Y no alcanzan a mediar palabra, aunque me gire y siga con mi mirada sus pasos torpes. Sienten en sus espaldas cansadas el peso atormentado de mi mirada lasciva, de mi calido aliento breve. Pero no ceden, no imploran, no se detienen.

Asesino mujeres bellas, cuerpos celestes que me persiguen y acosan, mujeres que embriago del sopor de las noches, que me acompañan en la lujuria y el deseo, que se aferran a mis brazos como al mástil de un barco, como a la herramienta del carpintero, o el cuello desnudo de un caballo.

Mato a esas mujeres que devoran insaciables la luz impenitente de mi sexo erguido y rudo, la húmeda senda que mi boca les otorga, mi lengua pertinaz e inquieta sobre sus espaldas abiertas, entre el hueco taciturno de sus sobacos, o en la estirada garra de sus pulidos vientres.

Y antes de que ellas, hermosas y entregadas, succionen la bilis de mi aliento, muerdan con feroz entrega la sangre de mi pecho, copulen indiferentes con la sombra de mis huesos. Mucho antes de que ocurra, las habré estrangulado con una mirada, con un beso, con mis manos heridas de sudores ajenos. Las habré de matar en el instante en que sus ojos escapen de sus orbitas hacia el lejano río que engulle el placer y la vida, en ese momento en que las negras aguas embistan en sus orillas porosas y abiertas, mientras sus carnes padecen el enfermizo aposento de mis dedos feroces, las últimas dentelladas de mi desojada boca.

Muertas ya, cuerpos inertes y bellos, desnudas y cadáveres míos, las he de entregar al brumoso pantano, a las ciénagas del olvido. Allí descansaran eternas y hermosas con sus cabellos como raíces de un árbol difuminado y espeso. En la procelosa humedad del lodo, en las fauces del reptil, en la profunda circunferencia del agua queda y hedionda, allí de donde nunca se ha de volver, donde nace la sierpe y la miseria, donde no he de ver más sus ojos buscándome, ni sus labios que me llaman. Calladas y ciegas para siempre de mi cuerpo y mis oídos, mudas, dormidas, esclavas del olvido.

Y me llevaré sus corazones y sus almas a casa, para darle alimento a las hogueras del invierno, para dejarlas en esa desnudez inmaterial, ese vacío de aliento y de espíritu,

privarlas del motor de la vida, para que ya nunca puedan regresar, para que ya sólo sean un amasijo de carne y huesos en el fondo oscuro de la nada.

Otras mujeres extrañas se enamoran de mí, irremediablemente. Pero no me poseen, ni logro alzarlas sobre mi cuerpo, ni sobre mi corazón.

Mujeres de rostros ocultos, de cicatrices perennes, de oblicuas piernas y enjutos brazos. Desdichadas mujeres que me miran temerosas y dulces, amedrentadas por la sombra espesa de mi cuerpo, por la profunda huella de mis pasos sobre su memoria. Y huyen de mis manos y mis miradas, ajenas al goce y al deseo, enamoradas de un sueño o de una pesadilla que les espera, impaciente sobre el trono erguido de la lujuria.

Mujeres de cautela y esperanza, aferradas a las orillas tenues de sus vidas simples, con la mirada puesta en el día que ha de venir. Y las veo cruzar a mi lado, tímidas o ausentes, dispuestas a la lucha o cansadas ya del fragor de las horas.

Me enamoro de esas mujeres extrañas, paso junto a ellas y su roce es una caricia nueva, fugaz y agradable. Su perfume es simple y añejo, el olor cetrino de su piel y sus cabellos recogidos, sus miradas limpias y tristes, sus bocas lejanas y mudas, el arco infinito de escasas sonrisas prestadas.

Cansado estoy de asesinar sirenas, de robarles el jugo amargo de sus espíritus vacuos e inanes, de buscar sus firmes muslos transparentes, sus labios carnosos y húmedos.

Cansado estoy de girar con ellas al borde del precipicio.

Me habrían de buscar otras mujeres, esas que el tiempo desdeña, que la afrenta de la vida va dejando sembradas en huecas ciudades grises. Y si alguna de ellas encontrara mi

sombra y mi cuerpo para sus manos, si quisiera sólo una de ellas mitigar la sed que imploro, el dolor que me abunda y me derrota. Si así fuera, si quisiera la suerte tal entrega, abrazaría su cuerpo herido hasta calmarlo, bebería de su paz y su temor sin medida. Dueña de mi fuerza y de mi aposento, esa mujer extraña, esa amante presurosa y escondida podría saborear el leve tacto de mis manos, acariciaría yo sus pies y su cabeza con afanosa ternura, besarle sus dedos de hielo, sus ojos huidizos y enjutos.

Esa mujer sería mi dueña, sin medida ni tiempo.

Pero sigo viéndolas pasar de largo, ufanas en su tarea de caracol o de ave nocturna. Pasan livianas, silenciosas, se enamoran de mí y huyen; me enamoro de ellas y cayo, otorgo su temor y mi vanidad como una sombra insostenible.

Otras mujeres me esperan ansiosas del fuego oculto de mi mirada, del sabor agrio de mi aliento, del desgarrado perfume de mi carne. Abiertas al placer y a la muerte, retornaré contra ellas, malditas y bellas, a clavar mi ira y mi lujuria para arrebatarles el corazón y el alma, a secar sus venas, a lanzarlas al olvido eterno.

Pero..., si alguna de aquellas mujeres extrañas,..., si alguna tuviera el valor de mirarme, de entregarme su fealdad tan amada, su deforme vida que tanto ansío, entonces, sólo entonces, sería capaz, incluso, de no retornar más a los infiernos,... aunque eso me cueste esta absurda inmortalidad.

**José Manuel Vivas Hernández.**

**Badajoz, abril de 2003.**